



Este Papa tuvo constante-
brinos, y á su instancia
cedidas con discer-

María la Nueva,
ta Francisca
(funerales

opi-

pontificia,

las Vidas de

este

ió

a,

n

a

r

de

de

de

de

seis

dos y

os que á

en período

ayese en un

que le moti-

sen en cóncla-

doles una súplica

ales fué muy digna.

creyesen que habia

sal sin acepcion de na-

thier en la *Hist. eccles. de Francia*: «Este Papa tuvo constantemente consigo á su padre, hermanos y sobrinos, y á su instancia dispensó gracias, que no fueron siempre concedidas con discernimiento.»

Gregorio fué enterrado en la iglesia de Santa María la Nueva, su antiguo título, llamada vulgarmente iglesia de Santa Francisca Romana. Allí fué donde se concluyeron los *novendiali* (funerales de nueve días), que habian empezado en San Pedro.

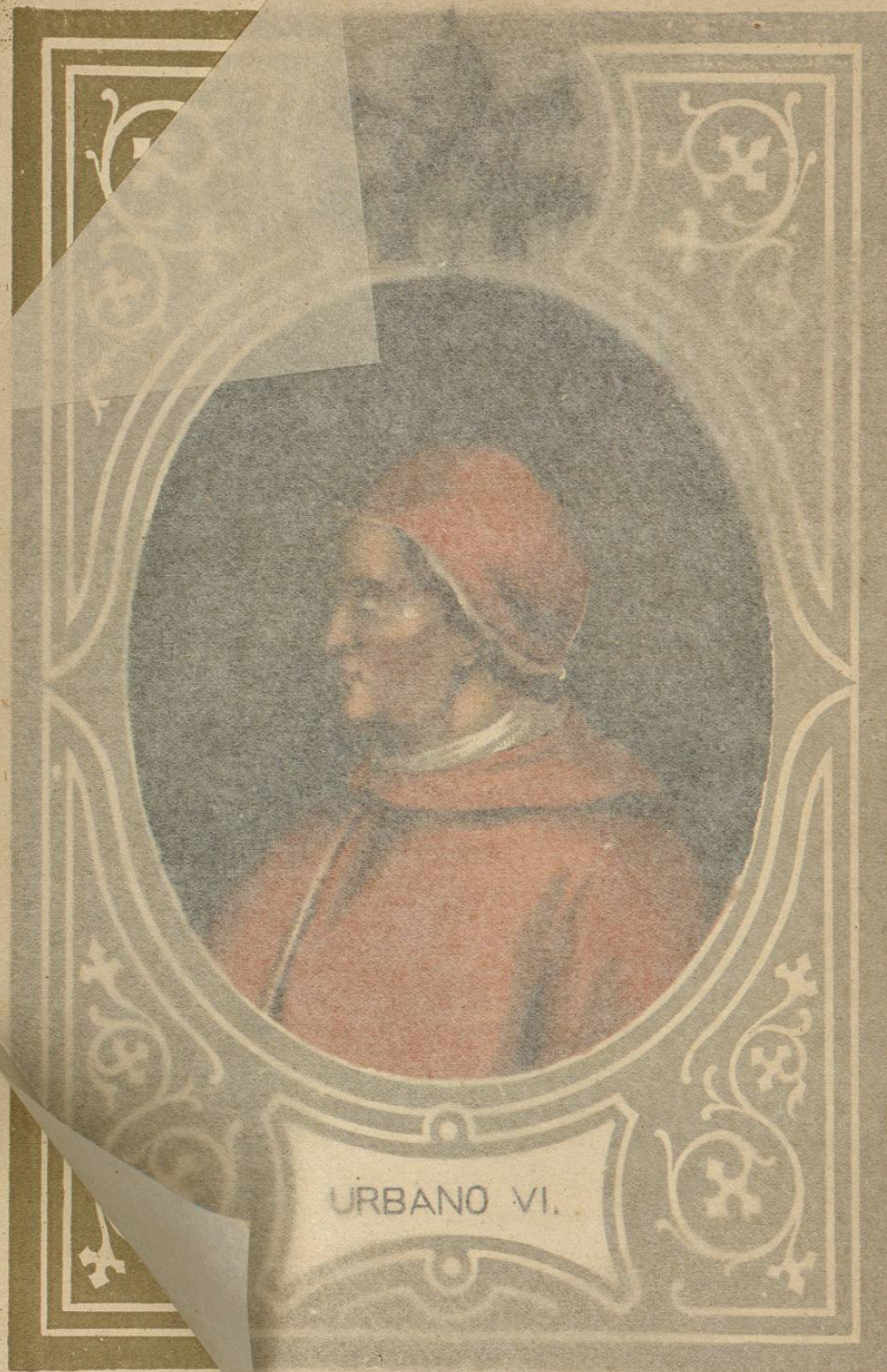
En 1584, el Senado romano hizo colocar en su tumba un epitafio que el padre Jacob continua en su biblioteca pontificia, pág. 97, y que se encuentra tambien en el autor de las *Vidas de los papas de Aviñon*, pág. 522.

Los historiadores franceses de la época han hablado de este Pontífice, en general con poco favor, porque fué quien restableció la Santa Sede en Roma: á los italianos tampoco le cayó en gracia, porque la Península se encontró siempre en guerra y disension con la mayor parte de los gobiernos de aquel país.»

Tales son las noticias que de estos Pontífices nos comunica Montor.

Despues de una vacante de once días, fué elegido por sucesor de Gregorio XI, el arzobispo de Bari, Bartolomé Butilli Prignani, el cual tomó el nombre de Urbano VI. Este prelado fué elevado á la Santa Sede, sin embargo de que no pertenecia al sagrado Colegio de Cardenales. Sobre esta eleccion debemos algunas explicaciones.

Los cardenales eran veinte y tres, de los cuales habia diez y seis en Roma, seis en Aviñon y uno en la Toscana. Los magistrados y todo el pueblo romano que conocian los grandes perjuicios que á la ciudad habia ocasionado la ausencia de los Papas en un período de mas de setenta años, deseaban que la eleccion recayese en un romano. ¡Deseo muy justo si se atiende á las razones que le motivaban! Así pues, antes que los cardenales se encerrasen en cónclave, se presentaron á ellos los magistrados dirigiéndoles una súplica en aquel sentido. La contestacion de los cardenales fué muy digna. Dijéronles que ellos procurarian elegir al que creyesen que habia de ser el mas útil pastor de la Iglesia universal sin acepcion de nacionalidad ni de persona.



El cónclave se formó el 7 de Abril de 1378. El siguiente día se juntaron en la capilla para la elección, en tanto que el pueblo gritaba fuera: *le queremos romano; le queremos romano*. En el primer escrutinio eligieron por unanimidad al arzobispo de Bari. Esta unanimidad de pareceres, esta elección hecha sin violencia de ninguna clase y que recaía sobre un individuo que no estaba honrado con la sagrada púrpura, demostraba claramente la voluntad de Dios.

¿Por qué no fué elegido un cardenal romano, según los generales deseos? Las razones eran muy poderosas. Solo había dos romanos, el uno era muy anciano y absolutamente quería echar sobre sus hombros un peso que muy pocos días hubiese podido sostener. Este era el cardenal llamado de San Pedro. El otro, el cardenal Orsini, era demasiado joven, y no parecía prudente poner en sus manos las riendas de la universal Iglesia.

El pueblo estaba impaciente por saber el resultado de la elección. Se había dicho que ya había Papa, pero como llegase la tarde y la elección no se publicaba, porque los cardenales temían que el pueblo cometiese algunos desmanes cuando fuese informado de que el Papa no era romano, entraron de tropel para informarse. Amedrentados los cardenales persuadieron al de San Pedro que se dejase vestir como Papa para contener las primeras violencias del pueblo. Aunque con repugnancia, aceptó el de San Pedro, y en tanto huyeron los demás. Pero como quiera que el cardenal de San Pedro era un varón de grandes virtudes e incapaz de toda superchería, apenas se vió sin sus compañeros, empezó á exclamar á grandes voces: *Yo no soy Papa, ni quiero ser antipapa: el electo es el arzobispo de Bari que es mucho mejor que yo*. Con esto el pueblo se fué sosegando, y viendo que no era francés el elegido, tuvo ya menos temores.

Viendo ya al pueblo en mejores disposiciones, el día siguiente el nuevo Papa que como dijimos al principio había tomado el nombre de Urbano VI, participó su elección á los magistrados de la ciudad.

Hemos llegado al gran cisma que por mucho tiempo afligió á la Iglesia de Dios con una serie de antipapas.

Véanse concretadas las importantes noticias que de este espan-

oso cisma nos dá un historiador muy apreciable y por nosotros citado repetidas veces.

»El Papa convocó á los once cardenales que se habían quedado en Roma, y con asistencia de ellos se entronizó y fué publicada la elección con la debida formalidad.

En los días inmediatos fueron volviendo á Roma los que habían huido, por miedo de que la elección sería á disgusto del pueblo: era cabalmente entonces la Semana Santa, é hizo Su Santidad varias funciones asistido de los cardenales, y el día de Pascua 18 de Abril de 1378, fué coronado solemnemente con asistencia de todos los diez y seis cardenales. Estos el día siguiente escribieron á los seis de Aviñon, dándoles cuenta de lo ocurrido, y asegurándoles de la libertad de la elección, y los seis en su respuesta reconocieron á Urbano por verdadero papa. Reconocióle en fin el cardenal que estaba en Toscana, y vino á Roma: de modo que Urbano VI fué reconocido como verdadero Papa por todos los veinte y tres cardenales que componían entonces el sagrado colegio. El nuevo Papa era de Nápoles, muy hábil en el derecho canónico, humilde, devoto, desinteresado, grande enemigo de la simonía, celoso de la castidad y justicia: amaba y protegía á las personas de letras y de virtud; tuvo varios empleos en la corte del Papa en Aviñon y los desempeñó muy bien: sus costumbres fueron austeras, y tal su aplicación, que no perdía instante. Pero con tan buenas prendas, tenía el defecto de ser violento en las reprensiones, escuchar mucho á los lisonjeros, y fiarse demasiado en su propio dictámen. Y estos defectos ocasionaron un cruel y larguísimo cisma, cuyas resultas han sido fatalísimas.

Al día siguiente á la coronación, dió una fuerte embestida á los obispos que estaban en la corte, tratándolos de perjuros, porque no residían en sus iglesias. Pocos días después en consistorio público hizo un sermón á los cardenales y empleados de la corte, en que reprendió sus faltas de un modo sumamente exagerado. Todos los días había nuevas escenas, en que exasperaba los ánimos de cuantos le trataban. Los cardenales se fueron saliendo de Roma con varios pretextos, especialmente por el calor; reunidos en Anagni y en Fondi, se iban acalorando en la idea de desprenderse del Papa; y á 9 de Agosto procedieron públicamente contra

él. Dirijieron á todos los fieles una declaracion en nombre de doce cardenales, once franceses y Pedro de Luna español. Decian que por miedo de la muerte elijieron al arzobispo de Bari, creyendo que renunciaría, al ver que la eleccion era forzada, y que despues se lo advirtieron reservadamente varias veces; y viendo que no pensaba en renunciar, le requerian públicamente, que dejase la Santa Sede, y le declaraban intruso en el pontificado. A estos doce cardenales se unieron despues tres de los italianos, y á 27 de Agosto del mismo año de 1378, unos cuatro meses despues de haber elegido, coronado y reconocido á Urbano VI, eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que se llamó Clemente VII.

Viéndose entonces Urbano abandonado de todos los cardenales y de gran parte de la corte, conoció cuan imprudente habia sido la dureza con que trataba á los dependientes. Moderóse, pero el cisma estaba ya hecho. Creó Urbano veinte y nueve cardenales nuevos: tuvo de su parte á Cárlos IV y á su hijo Wenceslao que le sucedió en el imperio, y al rey de Inglaterra. A favor de Clemente, se declaró luego la Francia. Urbano desde Roma, y Clemente desde Aviñon, procedian uno contra otro tratándose con furor. Los partidos de Clementinos y Urbanistas se miraban como dos ejércitos enemigos. Santa Catalina de Sena trabajó mucho en Italia á favor de Urbano. El rey de Castilla se habia declarado por él; pero tuvo despues un numeroso consejo de obispos y letrados, para discutir cual era el verdadero Papa, y de resultas, en Mayo de 1381, se unió con los franceses á favor de Clemente. Este se obligó á no dar los obispados y beneficios del reino sino á sus naturales, y á no reservar mas beneficios, ni exigir diezmos ú otros subsidios. Urbano publicó contra el rey de Castilla una bula en que reunió todas las cláusulas mas rigurosas de la curia romana. A la reina Juana de Nápoles, por haberse declarado tambien por Clemente, la depuso Urbano, y dió el reino al húngaro *Cárlos de la paz*, ó el pequeño, que le conquistó. Pero descompusiéronse poco despues Urbano y Cárlos, rompieron en guerra viva, y Urbano llegó á estar siete meses sitiado por Cárlos en el castillo de Nocera, desde donde renovaba las excomuniones y entredichos. El reino de Aragon se mantuvo neutral ó en indiferencia, sin reconocer ninguno de los dos Papas, hasta el año 1387 en que el

